

---

*Reflexionando...*

---

Lomas de San Francisco. Calle 2, nº 33  
Antiguo Cuscatlán. El Salvador  
Teléfono: (503) 2273 1877

7 de junio de 2024  
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús  
3,000 ejemplares

padrefernandogioia@heraldos.info  
www.reflexionando.org

---

---

# Índice

	PAG
• LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARET	5
• LA FAMILIA ES COMO UNA “IGLESIA”, PERO DOMÉSTICA	11
• MADRE Y ESPOSA: LA MUJER ES EL “SOL DE LA FAMILIA”	17
• EL PADRE, ES EL REY DE LA FAMILIA	23
• DIFÍCIL MISIÓN: EDUCAR A NUESTROS HIJOS EN LOS DÍAS DE HOY	29
• FÁTIMA 1917: “SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO”	35
• EN CUARENTENA, O YA FUERA DE ELLA, MIRARSE Y QUERERSE BIEN	41
• EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA: LA SAGRADA UNIÓN ENTRE HOMBRE Y MUJER	47
• EL GENIO FEMENINO	53
• EL PERDÓN vs. LA VENGANZA	59
• LA FAMILIA: ¡RECEMOS POR LA FAMILIA!	65



---

# LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARET

*En lo oculto, en el silencio,  
en esa pequeña y desconocida Nazaret,  
encontramos los personajes  
de la Sagrada Familia:  
Jesús, María y José.  
De donde surgen lecciones apropiadas  
para las familias de los días de hoy.*

**E**n lo oculto, en el silencio, en esa pequeña y desconocida ciudad de la Galilea, Nazaret, encontramos los grandiosos personajes que conforman la Sagrada Familia: Jesús, María y José. En la casa de Nazaret, cuyo significado, de nasar, sería “florecer o vigilar”, es de donde surgen lecciones que serán apropiadas para las familias de los días de hoy.

En el primer domingo del tiempo de Navidad, la liturgia nos presenta la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret, “escuela donde comienza a entenderse la vida de Jesús, donde se inicia el conocimiento del Evangelio”, en el decir de San Pablo VI (5-1-1964); “ícono de la iglesia doméstica”, en palabras de Benedicto XVI (28-12-2011).

---

En el año 1964, el Pontífice Pablo VI realiza una visita a la casa de Nazaret; allí profirió palabras llenas de enseñanzas, afirmando que se aprendía -en tan bendecido y especial lugar-, de forma insensible, a imitar la vida de la Santa Familia. Ciertamente, sintiendo la presencia de San José que era el jefe, según el orden natural; de María esposa y madre; y de Jesús niño, que vivían en una excelsitud de contemplación; pues, en el orden sobrenatural, ese Niño es el Creador y Redentor. A estas enseñanzas Pablo VI las llamó: “lección de Nazaret”.

Acompañemos en sus palabras, tan especiales y llenas de unción, tres lecciones para seguir el ejemplo de Nazaret.

La primera es el silencio, lección para los hombres, rodeados de la agitada y ruidosa vida moderna. El silencio de la casa de Nazaret nos invita al “recogimiento y la interioridad, nos enseña a estar siempre dispuestos a escuchar las buenas inspiraciones y la doctrina de los verdaderos maestros”. Una invitación, al estudio, la meditación, la vida interior y la oración.

Agregaba, como segunda lección de vida familiar, que “Nazaret, nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irremplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable, que es su función en el plano social”.

Finalmente daba como tercera, una lección del trabajo, para comprender: “más, en este lugar, la austera pero redentora ley del trabajo humano y exaltarla debidamente; restablecer la conciencia de su dignidad, de manera que

---

fuera a todos patente; recordar aquí, bajo este techo, que el trabajo no puede ser un fin en sí mismo, y que su dignidad y la libertad para ejercerlo no provienen tan sólo de sus motivos económicos, sino también de aquellos otros valores que lo encauzan hacia un fin más noble”.

La Sagrada Familia nos da el ejemplo a seguir: silencio, recogimiento, trabajo y como comunidad de amor, a través de un vínculo sagrado que nace “del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun antes de la sociedad, una institución confirmada por la ley divina” (*Gaudium et spes*, 48), a través de un consentimiento personal e irrevocable.

Entre luces y sombras, la familia camina en la historia, atacada por fuerzas disgregadoras de todo tipo. Sufriendo, “bajo las presiones derivadas sobre todo de los medios de comunicación social -decía, en su momento, San Juan Pablo II-, los fieles no siempre han sabido ni saben mantenerse inmunes del oscurecerse de los valores fundamentales y colocarse como conciencia crítica de esta cultura familiar y como sujetos activos de la construcción de un auténtico humanismo familiar”. (*Familiaris Consortio*, 7).

Vivimos una sociedad cada vez más permisiva. El mal exalta su derecho de ciudadanía. En ese panorama, muchos problemas de las familias contemporáneas, derivan de la creciente dificultad para comunicarse. “No consiguen estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor”, insistía San Juan Pablo II (*Rosarium Virginis Mariae*, 41), en tiempos en que no existían los modernos elementos electrónicos que nos absorben cada vez más; estimulaba, para contrarrestar esta avalancha, a rezar el Rosario en

---

familia para “introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas; las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre Santísima”.

Es así que este santo pontífice, invitaba, en la bella frase: “la familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret”. En la oración en familia, se comparten las alegrías y los dolores, se colocan en manos de nuestra celestial intercesora, la Virgen Santísima, nuestras necesidades y proyectos, y acabamos recibiendo fuerzas para el camino.

Tenemos que volver a experimentar la belleza de rezar juntos, siguiendo la escuela de la Sagrada Familia, pues la familia -siendo como es- una “iglesia doméstica”, debe ser la primera escuela de oración. Acentuar la presencia de Dios en nuestros hogares. De esta forma, podremos llegar a ser un solo corazón y una sola alma, una verdadera familia. Pues, “una familia bien constituida es semilla de un orden social perfecto y jerarquizado, en el cual reina la armonía por la práctica de la auténtica caridad” (Mons. Joao Scognamiglio Clá Dias)

**La Prensa Gráfica, 31 de diciembre de 2019.**







---

## LA FAMILIA ES COMO UNA “IGLESIA”, PERO DOMÉSTICA

*Los padres fueron constituidos  
en autoridad para  
predicar con sus enseñanzas,  
pero principalmente “predicar”  
con su testimonio de vida,  
dado que la familia es:  
una “escuela del más rico humanismo”  
(Gaudium et spes, 52)*

**A**l principio el hombre estaba solo, y Dios dijo: “no es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle a alguien como él, que le ayude” (Gén, 2, 24), hacerle una ayuda semejante a él que lo complete. Y así se dio, que, por su mujer, dejará a su padre y a su madre, se unirá a ella, serán dos en una sola carne.

Nacía allí, en el orden natural, la más pequeña de las comunidades humanas: la familia. Surgía posteriormente la sociedad, formada por el conjunto de familias, como un cuerpo se constituye de sus miembros. Vemos así, como la institución de la familia es anterior a la sociedad humana, pues el hombre primero es miembro de una familia antes

---

de ser ciudadano de una nación. Lógicamente, bien común de una sociedad, nacerá del mutuo relacionamiento entre las familias, dependiendo éste, a su vez, del bien común de las familias.

Pero, muchos se preguntan: ¿cómo lograr el “bien común” de la familia? Momentos difíciles está pasando esta institución. Rodeada de múltiples adversidades y peligros, navega la familia en mares revueltos, y esto repercute en la sociedad que nos rodea. Bien afirmaba el documento conciliar *Gaudium et spes* (47) que: “el bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar”.

Con la intención de ayudar ante estas circunstancias, dando un aporte simple pero que considero de profundidad, me recordaba que - en viejos tiempos de estudios sobre el tema - había guardado un esquema sobre la familia de Profesores de la Orden de Santo Domingo en Salamanca. Si bien es de hace cuarenta años atrás, mantiene su actualidad y, principalmente, se destaca en la belleza de su argumentación y comparación.

Era la consideración de la institución de la familia - como la calificara posteriormente en 1981, San Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* (21) - como una “iglesia doméstica”. Esto, siempre y cuando el relacionamiento mutuo se realice en base al amor de Dios, dando lugar, en el convivio familiar, a que el amor pase por encima de todo.

Con relación al hogar, a la vida de familia, aquella compilación de ideas de estos sabios sacerdotes de Salamanca, nos hablaba de que podríamos considerar tres

---

aspectos: el hogar material, el hogar espiritual y el hogar templo. Creo que pocas veces, queridos lectores, hemos pensado en esta clasificación tan singular y decidora.

Cuando pensamos en los aposentos que conforman nuestros hogares, podrán ellos ser mejor o peor acondicionados, pero es dónde se reúne la familia, donde pasa – al menos lo era en otros tiempos – la mayor parte de la vida. Protegidos son de las inclemencias del tiempo y de los extraños. Realmente podremos decir que la casa es dónde nos encontramos con nuestros seres más queridos, es el rincón del mundo más deseado del corazón humano.

Así como un hogar puede estar bien construido y amueblado, al ser este el “hogar material”, será el cuerpo, pero no el alma. El alma de la casa, el “hogar espiritual”, es constituido por los momentos familiares. Circunstancias de alegría, períodos de tristeza, tiempos de dificultad.

Estos aspectos serían materia muy aprovechable para numerosos artículos periodísticos de opinión. Sin embargo, mi intención es sobresaltar el aspecto de la familia, el hogar, la casa, como una “iglesia doméstica”, como “hogar templo”.

Y no considere algún profano que es una exageración de nuestra parte imaginar a la familia así. El hogar es un lugar sagrado, no lo podrán negar, es el espacio en que Dios hace sentir su presencia. Veamos.

En el centro de las iglesias hay un “altar” hacia donde se concentran las atenciones de los fieles, altar en dónde se renueva el sacramento de la Cruz. En las familias hay también altares, son los corazones de los que la forman. En ese “altar”, en nuestra cotidianidad, se ofrecen cada

---

día sacrificios en el cumplimiento del deber de cada uno: la mutua comprensión, la tolerancia con los defectos del otro, la exigencia del cuidado y la educación de los hijos, la obediencia de parte de los hijos para con sus padres, el esfuerzo cotidiano del trabajo doméstico, etc.

Bueno, pero, ¿y qué más padrenos va a introducir en nuestros hogares, además del “altar”? Pues... los “confesionarios”. Por más que tengamos buen carácter, buena voluntad, seamos bien portados, a veces, ofendemos no sólo a Dios sino al prójimo. Aparecerá en nuestras familias siempre alguna ofensa, algo que sea desagradable para los demás. Si somos sinceros, si quedamos arrepentidos, deberá haber perdón y olvido generoso, como lo tiene Dios Nuestro Señor para con nosotros.

Y por qué no recordar que también en el hogar hay “predicación”. Los padres fueron constituidos en autoridad para predicar con sus enseñanzas, pero principalmente “predicar” con su testimonio de vida, dado que la familia es “una escuela del más rico humanismo” (*Gaudium et spes*, 52).

Si volvemos nuestras miradas a la Sagrada Familia – Jesús, José y María – en Nazaret, aprenderemos de esa vida doméstica lo que es la vida de familia. Que “su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología”, decía Pablo VI, en 1964, en su visita a Tierra Santa.

Rodeada de la ruidosa vida moderna, presionada por los factores de deterioro moral y social que nos envuelven, no dejemos de considerar la belleza de esta “iglesia doméstica”; de esta “primera escuela de oración”, en el

---

decir de Benedicto XVI (28-12-2011); pilar fundamental de una sociedad bien ordenada y constituida; “escuela de virtudes humanas y cristianas” (Catecismo, 350).

Que los esposos, compenetrados de que conforman una institución sagrada - bendecida por Dios - renueven a todo momento el amor mutuo, sean de corazón generoso, acompañen las dificultades con espíritu de sacrificio, sean hombres y mujeres de oración. Desafiando así el hedonismo tan difundido que “banaliza las relaciones humanas y las vacía de su genuino valor y belleza” (Benedicto XVI, 5-6-2006). Y al mismo tiempo, los padres, sean para con sus hijos, “los primeros predicadores, mediante la palabra y el ejemplo”. (*Lumen Gentium*, 11)

**La Prensa Gráfica, 21 de septiembre de 2015.**





---

# MADRE Y ESPOSA: LA MUJER ES EL “SOL DE LA FAMILIA”

*Su generosidad y abnegación,  
su constante prontitud,  
su delicadeza  
vigilante y previsor  
en todo cuanto puede alegrar  
la vida del marido y de sus hijos.  
¡Madre!*

*Sólo ellas tienen estas bellas virtudes.*

**E**n los lejanos tiempos de 1942, los medios de comunicación que poseía el mundo eran bien diferentes. No existía la televisión, menos aún los computadores y celulares, ni que hablar de internet o de transmisiones en vivo y directo de un lugar al otro del mundo de grandes acontecimientos, como lo tenemos hoy en día.

Eso daba lugar al uso de los medios existentes, entre ellos la radio, que no tenía una penetración universal. Era así que el entonces Papa Pío XII hacía sus enseñanzas y transmitía sus maravillosos mensajes al mundo, por medio de los llamados “radiomensajes”.

---

Uno de ellos viene muy a propósito recordarlo para el Día de la Madre. Fue en un 11 de marzo de 1942, en que el citado Pontífice, hablando a recién casados, afirmaba esta impactante frase: “la esposa y madre es el sol de la familia”. Tan hermosos comentarios sobre el papel de la mujer siempre los juzgué apropiados para, en una especial oportunidad, recordarlos.

Consideraba su generosidad y abnegación, constante prontitud, delicadeza vigilante y previsoras en todo cuanto puede alegrar la vida del marido y de sus hijos. ¡Madre! Sólo ellas tienen estas bellas virtudes.

Recordando el significado de esposo-“esposas”, cónyuge-“yugo”, comprendemos la enseñanza de la Santa Iglesia, que era manifestada para jóvenes, que a poco de contraer matrimonio, se disponían a “hacer feliz al otro y no a sí mismo”. Actitud que corresponde a cada uno de los cónyuges, pero que es una “virtud principal de la mujer, que le nace con las palpitaciones de madre y con la madurez del corazón”. Por eso las madres siempre difunden en torno de sí, luz y calor.

No quedaba apenas en eso Pío XII. Mostrando cómo en los momentos difíciles de la cotidianidad las madres se desenvuelven, aseveraba: “si recibe amarguras no quiere sino dar alegrías, si recibe humillaciones no quiere devolver sino dignidad y respeto”.

Como una poesía, continuaba diciendo que la esposa y madre, con “su mirada y palabra penetra dulcemente en el alma”, y que muchas veces, “después de una larga jornada de continuado y fatigoso trabajo”, llevan alegría a la convivencia familiar. Las madres tienen una naturaleza llena de ingenuidad, dignidad y honestidad, resaltándose

---

en ellas, “sus delicados y graciosos gestos de rostro, ingenuos silencios y sonrisas, condescendientes señales de cabeza, que le dan la gracia de una flor selecta, y sin embargo sencilla”.

Terminaba el Papa exclamando a estas futuras madres: “¡Oh, sí supieseis cuántos sentimientos de amor y de gratitud suscita e imprime en el corazón del padre de familia y de los hijos, semejante imagen de esposa y de madre!”.

Al recordar tan bellas palabras nos viene a la memoria el Salmo 127: “Tu esposa será como la vid llena de frutos en el interior de tu casa. Tus hijos como retoños de olivo alrededor de tu mesa”. Vislumbramos en él, cómo, la auténtica felicidad hogareña, está cimentada en la madre, que en su tarea, llena del ingenio propio de la naturaleza femenina, es la colaboradora principal de Dios en la procreación de los hijos. Es una reina que ejerce un reinado lleno de amor. “El padre tiene el principado del gobierno, la madre tiene el principado del amor”, decía Pío XI en la Encíclica *Casti Connubii*. Amor que es el más parecido con el amor de Dios, que ama sin egoísmo, sin esperar correspondencia de parte del otro.

Sin dejar de ser confidente de su esposo también es consejera para toda la familia, llena de consuelos, paciente y dedicada. Educadora por excelencia de sus hijos, a quienes conoce profundamente.

No podemos concluir estas reflexiones sin recordar a Aquella que es perfecto modelo de las esposas y de las madres, que es principalmente – Madre por excelencia – María Santísima. Aquella que Dios Padre la llama Hija; que el Espíritu Santo la llama Esposa fidelísima; que Dios Hijo la

---

llama Madre. Aquella que, en la humilde casa de Nazaret, nos dio ejemplo de esposa y madre. Que la Virgen pues, bendiga muy especialmente a todas las madres en su día.

Cierro este artículo con el resumen de una bella oración compuesta por Doña Lucilia Ribeiro dos Santos, virtuosa madre brasileña que vivió en el siglo pasado:

*Oh María, Virgen Purísima y sin mancha, Casta Esposa de San José, Madre tiernísima de Jesús, perfecto modelo de las esposas y madres, a Vos recurro e imploro Vuestro socorro. Ved, oh Purísima María, ved mis necesidades y las de mi familia, atended los deseos de mi corazón.*

*Espero, por Vuestra intercesión, alcanzar de Jesús la gracia de cumplir, como debo, las obligaciones de esposa y madre. Alcanzadme el santo temor de Dios, el amor al trabajo y a las buenas obras, de las cosas santas y de la oración, la dulzura, la paciencia, la sabiduría, en fin, todas las virtudes que el Apóstol recomienda a las mujeres cristianas, y que hacen la felicidad y el ornamento de las familias.*

*Enseñadme a honrar a mi marido, como Vos honraste a San José, y como la Iglesia honra a Jesucristo. Encomiendo también a Vuestro materno Corazón a mis pobres hijos. Inclínad su corazón a la piedad, no permitas que se aparten del camino de la virtud, tornadlos felices, piadosos, caritativos y buenos cristianos, para que su vida, llena de obras buenas, sea coronada por una santa muerte. Así sea.*

**La Prensa Gráfica, 10 de mayo de 2016.**





---

# EL PADRE, ES EL REY DE LA FAMILIA

*Alta y delicada  
es la vocación de padre,  
digna y suave su tarea,  
seria y enorme su responsabilidad,  
en el hogar.*

**H**ace un cierto tiempo, un joven padre de familia me mostró una simple anotación, en un pequeño papel, que me había solicitado después de una celebración eucarística, precisamente en el día del padre de hacía un año. Estaban escritos unos puntos sobre la importante misión de ser padre de familia para tener presente en la homilía. Esto me llevó a preparar este artículo, que ofrezco en honra de aquellos que, conformando una familia, la comunidad más pequeña nacida del orden natural creado por Dios, les compete esta noble y sagrada labor de ser padres.

Eran apuntes, de mis idos tiempos de estudio, de esquemas sobre la familia de los famosos profesores dominicos de San Esteban de Salamanca (España). Maravilloso trabajo de estos sacerdotes que me digno en sacarlo a luz en estos tiempos en que parecieran dormidas las conciencias de muchos padres de familia, de haber perdido la compenetración del alto papel que cumplen dentro del

---

seno familiar.

En cualquier sociedad o comunidad es necesario que haya una autoridad, mucho más en la familia. Es evidente que, sin autoridad, se hace imposible la vida familiar. Por derecho natural la familia tiene que tener una cabeza, una autoridad fuerte que la proteja, y que la gobierne con amor, facilitando la obediencia de los hijos, con los cuales hay un vínculo de unión físico.

Así se puede decir que el padre es el sostén y al mismo tiempo el defensor de la familia. Sostén pues tiene la responsabilidad de asegurar techo, alimento y vestimenta a su esposa e hijos según su estado o condición social. “Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Gn 3, 19).

Lo más bello de los citados comentarios -esquemas de hace por lo menos 50 años atrás-, es la visión que hacen del padre de familia simbolizado como: “*columna, yunque y corazón*”.

“*Columna* que sostiene el edificio familiar con las virtudes y el ambiente propicio”. Que en su familiaridad y confianza mutua no malograré la autoridad jerárquica. No permitiéndose frivolidades, pero con sana alegría y unidad, hará de su hogar una escuela de enseñanzas divinas y humanas.

“*Yunque*, porque aguanta y esquivo el continuo martilleo de los enemigos externos, que intentan desmoronar la familia”. Y vean que los autores están hablando ¡hace medio siglo! Qué decir en los días de hoy de los que llama “enemigos” de la familia, como las malas costumbres, las modas, ciertos medios de comunicación, etc.



---

“Corazón”. Expresando su amor y autoridad, “abriga a los suyos dándoles confianza y seguridad dentro del hogar”.

Es así el padre: guía de la familia, dirigiendo la nave del hogar. “A nadie cedas este derecho” (Eclo. 33, .20.24), que tu gobierno sea “con serenidad porque es la cabeza; con firmeza, porque es la primera fuerza; con amor, porque es la vida de la familia, y los lazos del amor no pueden tocarse sin amor”. Y no sólo será guía dirigiendo la familia, sino que, también educando a sus hijos, tanto moral como psicológicamente -es decir fortaleciendo en ellos su personalidad - para que sepan amar el bien, y sean sanos en el pensar y el actuar.

En ese intercambio de deberes y derechos, bien sabemos que no sólo los padres tienen derechos ni los hijos solamente deberes. Todos: padre, madre, hijos, están sometidos a las santísimas leyes que instituyó el propio Dios, los Diez Mandamientos. Es la educación moral de que son responsables los padres, para que sus hijos tengan una voluntad fuerte, que los impulse a amar el bien, en orden a la constitución de su propia personalidad.

Que reciban una formación religiosa adecuada, realizada sobre todo con el ejemplo, teniendo un efecto más duradero que la lograda por la propia madre. Los padres deben de fomentar la religiosidad, la recepción de los sacramentos, el estudio de las enseñanzas de la Iglesia. No debemos olvidarnos, que todo esfuerzo será inútil si no está Dios con nosotros, pues edificaremos esa “iglesia” o “santuario” doméstico sobre arena y no sobre piedra.

Como representante de Dios en la familia, la debe dirigir. “No fue a María, más a José, que el ángel apareció para ordenarle que huyese a Egipto, porque al marido compete

---

dirigir la familia”, decía San Vicente Ferrer.

Que sean guías en lo religioso, sobre todo con el testimonio, revistiendo el hogar de una agradable religiosidad. Hombres religiosos, frequentadores de los sacramentos, cumplidores del precepto dominical, rezadores del santo rosario. Serán siempre modelos que marcarán no sólo su propio hogar, sino también la sociedad que los rodea. Decía Pío XII a un grupo de padres de familia franceses (16-9-1951) que primero, en el santuario del hogar doméstico, además de proveer la conservación, la salud corporal, intelectual, moral y religiosa, “deben en particular cumplir las obligaciones para con Dios, y constituir, con toda la fuerza del término, una sociedad cristiana”.

“Alta y delicada es la vocación de padre, digna y suave su tarea, seria y enorme su responsabilidad en el hogar”, muy afirmativamente terminan los recordados padres dominicos de Salamanca. Ser padre exige una reflexiva y continua preparación personal, pues, ser padre es ser... el rey de la familia.

Siendo participante del poder creador de Dios, siendo participante del poder conservador de Dios, el padre de familia es un representante del propio Dios, teniendo algo de sacerdote, como intermediario que recoge las súplicas de la familia.

Quiera San José, casto esposo de María, padre adoptivo de Jesús Nuestro Señor, concederles consciencia y responsabilidad de la elevada función a la que fueron llamados. Es mi especial deseo y felicitación.

**La Prensa Gráfica, 14 de junio de 2016.**





---

# DIFÍCIL MISIÓN: EDUCAR A NUESTROS HIJOS EN LOS DÍAS DE HOY

*Todo niño bueno  
corre el peligro de arruinarse,  
y, al mismo tiempo,  
todo niño malo  
puede corregirse de sus actitudes.  
Las dificultades no están  
siempre en los niños o en las niñas.*

**C**uando el tiempo litúrgico coloca para su lectura en las misas, la carta de San Pablo a los Efesios (6, 1-4), exhortando a los hijos: “obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo”, se produce un singular movimiento en muchas familias presentes. Madres que tocan discretamente con el codo al hijo o hija; cuando no, miradas recorren el ambiente. Singular momento observado desde donde se encuentra el sacerdote celebrante. Claro que... a seguir, San Pablo exhorta a los padres: “no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor”.

---

Esto nos aproxima a una delicada y actual problemática: la difícil misión de los padres en la educación de los hijos y, a la actitud respetuosa que los hijos deben tener en relación a sus padres. Unos obedezcan, otros no exasperen.

¿Cómo conseguir este equilibrio tanto de unos como de otros? Compleja tarea en los días convulsionados con el libertinaje que nos rodea.

Sabiamente, el Papa Emérito Benedicto XVI insistía a padres y padrinos durante una ceremonia de Bautismo, que era preciso “ser al mismo tiempo tiernos y fuertes, usar dulzura y firmeza, callar y hablar en el momento adecuado, reprender y corregir en modo justo” (9-01-2012).

Muchos santos educadores han dejado enseñanzas de procedimiento para estas delicadas circunstancias. Debemos resaltar que no hay institución más adecuada para la plena educación y formación religiosa de los hijos que la propia familia. La madre, consejera principal de los hijos, con su dedicación y afecto da: formación, disciplina, educación. Con cariño, y ganando la confianza y admiración de los suyos, educará seriamente. Bien decía San Juan Bosco que “sin afecto no hay confianza, y sin confianza no hay educación”. Y San Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas, que hay que “advertir con candidez, castigar sin aterrorizar”, para ir formando la voluntad de los niños y niñas dando normas, enseñando a obedecer. Es preciso formarlos en la obediencia, nunca mandando lo que no sea justo y razonable, o prohibir muchas cosas de golpe, u ordenar cosas difíciles de realizar, señalaba este Santo. Pero, exigir el cumplimiento de lo ordenado.

Muchos ambientes que nos rodean tienen como lema que “todo debe ser permitido”, es la autoproclamada

---

“libertad”. Esta no es la verdadera libertad humana enseñada por la Iglesia: seguir los dictámenes de la razón ilustrada y amparada por la fe; no dar rienda suelta a los sentidos y la imaginación; no hacer lo que “a uno le da la gana”. Aunque parezca duro, pero es la realidad, se puede afirmar que la palabra NO es la mejor para formar a los niños y a las niñas.

El director de uno de los Colegios Heraldos del Evangelio me pasó un singular “Decálogo de la mala educación”. La revista católica Magníficat de Braga, Portugal, lo difundió en su momento. Nos será ilustrativo. Curiosamente fue hecho en otros tiempos por la Dirección General de Policía de Seattle, EUA, alarmada por el nivel de delincuencia y malos comportamientos de los jóvenes. Veamos:

1. Dad a vuestro hijo todo lo que quiera, crecerá convencido de que el mundo entero le debe todo.
2. Ríase cuando diga malas palabras, considerará que es gracioso.
3. No le dé ninguna formación espiritual, que escoja cuando sea grande.
4. No le diga nunca: “esto que estás haciendo está mal”. Podrá acomplejarse, y cuando lo detenga la policía por robar dirá que es un perseguido por la sociedad.
5. Todo lo que tire en el suelo, recójase. Considerará que todos están a su servicio.
6. Déjele leer y ver de todo, que su espíritu se recree con cualquier basura.
7. Discutan los padres delante de él, se irá acostumbrando, cuando la familia esté destrozada, no se dará cuenta.
8. Dele todo el dinero que quiera, concluirá que para tener dinero ni siquiera es preciso trabajar.

- 
9. Satisfaga todos sus deseos: comer, beber, bailar, pasear, divertirse. Pues, de lo contrario, se tornará un frustrado.
  10. Darle siempre la razón cuando se desentienda con los otros. Los profesores, las personas, la policía, las leyes, las autoridades, etc., lo tomaron de punta al pobre niño o jovencito.

Termina así este singular “decálogo”: cuando vean que sus hijos son un desastre, concluirán que nunca consiguieron hacer nada por él.

Todo lo contrario, es la formación católica. Un niño, por naturaleza, tiende a hacer lo que oye y lo que ve. Lo primero será imitar el ejemplo de sus padres. Claramente nos damos cuenta que aquellos que no son educados por sus padres, pues, les falta algo.

Bien sabemos que el Estado tiene su misión educadora, pero, la familia tiene prioridad naturalmente, no debiendo abandonar esta sagrada misión so pena de tener las consecuencias, en muchos casos irreparables, que estamos asistiendo.

Todo niño bueno corre peligro de arruinarse, y al mismo tiempo, todo niño malo puede corregirse de sus actitudes. Las dificultades no siempre están en los niños o las niñas, cuántas veces víctimas de su propia debilidad. A veces están en la incapacidad de sus padres (como nos advierte el “decálogo” citado), o en el usar métodos inadecuados, siguiendo la “moda” de sistemas pedagógicos o psicológicos “modernos”.

Reafirmemos el principio de que el fin propio de la familia es la procreación y la educación de los hijos. No hagamos



---

de nuestros hogares lugares con apariencia cristiana y con una educación que podríamos calificar de “pagana”. Es preciso siempre, con bondad y candidez, enseñar a los hijos que la vida es dura, que hay que amar la fortaleza como virtud cristiana, las cosas difíciles, desde niños. No podemos dejar de hablar de Jesús Nuestro Señor y sus enseñanzas, de María Santísima como Madre, abogada y protectora; de la Santa Iglesia como Maestra de Verdad que nos lleva al Cielo, pues la Iglesia es educadora por excelencia.

**La Prensa Gráfica, 26 de noviembre de 2016.**



---

# FÁTIMA 1917: “SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO”

*Para contrarrestar  
los efectos desoladores  
de la crisis actual,  
en el mes del Rosario,  
nada mejor que rezarlo en familia,  
para conseguir la paz,  
que tanto necesitamos.*

**L**as apariciones de la Virgen María en Fátima, Portugal, a tres humildes pastores - Lucía, Jacinta y Francisco -, comenzaron en mayo de 1917. En la primera aparición, de seis ocurridas, Lucía (la mayor de los pastorcitos), al preguntarle: “¿De dónde es Vuestra Merced?”, recibe una singular respuesta: “Soy del Cielo... después Os diré quién soy”. En la tercera aparición, ante una nueva pregunta, les afirma que en octubre, “les diré quién soy”. Así, el 13 de octubre, la Santísima Virgen les dice: “Soy la Señora del Rosario”.

Estas palabras que nos aproximan en el pensamiento, a la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, que se conmemora en este mes de octubre, precisamente en el día 7.

---

Apropiado es el momento para hacer una recopilación rápida, dentro de lo posible en estas líneas, del histórico de este instrumento poderoso de devoción católica: el Santo Rosario; así como también de la importancia de la práctica de esta oración tan conocida.

Por el año 1208, Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, comúnmente conocida como “dominicanos”, se encontraba agobiado por los males que difundía la herejía albigense, que en aquellos tiempos minaba la fe de los fieles. Suplicando a la Madre de Dios ayuda, pues veía que no lograba avances en el combate a estos errores, la Virgen escucha su apelo. Luego de tres días y tres noches de incesantes ruegos, aparece para él, sosteniendo en su mano un rosario, y enseñándole a recitarlo.

En inefable diálogo, dice a Santo Domingo: “Mi querido Domingo, ¿sabes de qué medio se sirvió la Santísima Trinidad para reformar el mundo?”, y este responde: “después de tu Hijo Jesucristo, fuiste tú misma el principal instrumento de nuestra salvación. A lo que Nuestra Señora responde: “Yo te digo, entonces, que el instrumento más importante fue la Salutación Angélica, el Avemaría, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Y, por lo tanto, si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, reza mi Rosario”.

El rosario se mantuvo como la oración predilecta durante casi dos siglos. Cuando la devoción empezó a disminuir, el Beato Fray Alano de la Roca en el año 1475 puso por escrito - para revivir dicha devoción - las promesas referentes al santo Rosario, que le hiciera la Santísima Virgen años antes, en diversas apariciones. Promesas que reiteraban las dadas a Santo Domingo.

---

He aquí las más importantes, según el Beato Alano. Quien rece mi Rosario: recibirá cualquier gracia que me pida; tendrá mi especialísima protección; será para ellos escudo contra el infierno, destruirá el vicio, libraré de los pecados, hará germinar las virtudes; los elevará deseando las cosas celestiales y eternas; no se verán oprimidos por la desgracia; se convertirá si es pecador, perseverará en gracia si es justo y, en todo caso será admitido a la vida eterna; los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los Sacramentos; los libraré bien pronto del Purgatorio; todo cuanto se pida por medio del Rosario se alcanzará prontamente; los que rezan Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

El Rosario llegó a ser así, con el tiempo, una de las devociones más firmemente arraigadas en el pueblo cristiano, oración tan estimada por numerosísimos santos y promovida a lo largo de los siglos, por el Magisterio eclesiástico. Pero fue el papa San Pío V quien, en el día del aniversario de la victoria obtenida por los cristianos en la famosa batalla de Lepanto (1571), victoria atribuida a la Madre de Dios, instituye el día 7 de octubre como la Fiesta de Nuestra Señora del Rosario, festejada hasta hoy por todos los creyentes.

Era una invitación a meditar los misterios de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, en compañía de la Virgen María, siempre asociada a Él, en Su Encarnación, Pasión, Muerte y Gloriosa Resurrección.

A lo largo del tiempo, los Santos Pontífices fomentaron el rezo del Santo Rosario. El Papa León XIII, que escribió sobre el tema en varias encíclicas, fue quien consagró el mes de octubre al Rosario e insertó en las Letanías a la Virgen el título de “Reina del Santísimo Rosario”, por eso

---

fue llamado “el Papa del Rosario”.

San Juan Pablo II, considerando el Rosario como una catequesis de fe, publicó la conocida Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, “El Rosario de la Virgen María”. Afirmaba, con su particular forma de expresarse, que esta devoción lo había “acompañado en los momentos de alegría y en los momentos de tribulación” era su oración predilecta.

En tan bello documento papal encontramos la explicación, que ayudará también a aquellos que sean un poco objetantes del Santo Rosario: “aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología” pues, “en la sobriedad de sus partes concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio”.

Un gran abismo se siente, en los días de hoy, entre el ideal de paz, y la realidad que nos toca vivir diariamente. Hemos llegado a solucionar, a través de la ciencia y de la técnica, casi todos los problemas que asolan al mundo moderno. Pero... no obtuvimos la paz. No tenemos tranquilidad. No logramos, lo que podremos llamar, una paz del alma. El desasosiego y los conflictos actuales nos atropellan.

Bien les decía en Fátima la Virgen María a los tres pastorcillos en 1917 - ¡casi 100 años atrás! -: “rezad el rosario todos los días, para alcanzar la paz en el mundo”, que se encontraba en horrores de la Primera Guerra Mundial.

Esa paz que tantos buscamos, y pocos la encontramos, la conseguiremos - según nos invita San Juan Pablo II en su Carta Apostólica - promoviendo que las familias se conviertan en “auténticas escuelas de oración”. Pues el

---

rosario en familia es, garantía de paz en el mundo, al serlo de las familias.

Con firmeza consideraba San Juan Pablo II que veía a la familia “amenazada cada vez más por fuerzas disgregadoras, tanto de índole ideológica como práctica”, temiendo por el futuro de esta “irrenunciable institución, y con ella, del destino de toda la sociedad” (*Rosarium V. Mariae*, 6).

Podríamos resumir estas reflexiones con especial consejo: “para contrarrestar los efectos desoladores de la crisis actual” en el mes del Rosario, nada mejor que rezarlo en familia, para conseguir la paz, que tantos necesitamos.

**La Prensa Gráfica, 13 de octubre de 2015.**





---

# EN CUARENTENA, O YA FUERA DE ELLA, MIRARSE Y QUERERSE BIEN

*Afabilidad y modo respetuoso  
de convivencia,  
en contraste a la aspereza  
del mundo moderno.*

**E**l Antiguo Testamento nos revela un Dios compasivo y misericordioso. El término misericordioso es, quizás, el que más veces se le atribuye al Señor.

Se vivían tiempos de barbarie, desprecio y crueldad, de unos para con los otros. Aunque nos deje pasmados, un terminante “código”, moderó la brutalidad del momento, que era la ley del más fuerte. Lo encontramos, principalmente, en el libro del Éxodo (21, 23-25), era la respuesta a un acto injusto, a una ofensa, “ojo por ojo, diente por diente”, la llamada ley del Talión. El “tal por tal cosa”, que condenaba a penas proporcionales a la ofensa. Anteriormente ocurría todo de manera ferozmente desproporcionada. Acidez, mal trato, odio, venganza; lejanos eran, los sentimientos de comprensión, amabilidad, misericordia.

---

La llegada del Salvador del Mundo, del Divino Redentor, abre un nuevo camino de misericordia que entrechocaba con la mentalidad del momento. Jesús, Nuestro Señor, propuso: “habéis oído que se dijo, ojo por ojo, diente por diente. Pero yo os digo, al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra” (Mt 5, 38-39). Más aún, da un mandamiento nuevo: “que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Jn 13, 34), proclamando lo que podríamos calificar de ley de la divina fraternidad.

Por eso, a los primeros cristianos los caracterizaban por cómo se querían. Los paganos afirmaban, según nos relata Tertuliano (197 dC): “¡Mirad cómo se aman! ¡Mirad como cada uno está dispuesto a morir gustoso por el otro!”. Quedaban admirados, pues ellos mismos se aborrecían entre sí, estaban dispuestos a matarse unos a los otros.

¿Cuál era la regla que daba lugar a esto?: todos sus pensamientos, palabras y obras se conformaban a las enseñanzas evangélicas, que los primeros discípulos fueron testimoniando en su forma de vida. En lo interno como en lo externo, apartándose de lo que era indigno del nombre que llevaban y cumpliendo todo lo que el nombre de cristiano significaba.

Esta sana influencia de las instrucciones de Nuestro Señor Jesucristo, transmitidas por sus seguidores a través de la difusión de las bienaventuranzas enseñadas solemnemente en el monte del mismo nombre, fueron influenciando las sociedades a través de los siglos. El “bienaventurados los pobres de espíritu” llevaría a los que, amando la pobreza más profunda que es la espiritual, se llenarían de humildad, virtud indispensable para que los hombres convivan entre sí. El “bienaventurados los mansos de corazón” los hará de carácter dócil, sereno y suave. Los “misericordiosos”,

---

“los que promueven la paz”, cuánta maravilla de doctrina para que sea construida una sociedad en que exista una verdadera tranquilidad, dentro del orden, como enseñaba San Agustín: “la paz es la tranquilidad del orden”.

En el decir de Monseñor Joao Scognamiglio Clá Días: “La verdadera paz consiste en que los hombres vivan sometidos a Dios, siguiendo con piedad, obediencia y alegría una conducta virtuosa”. La paz de Cristo en el Reino de Cristo, es la normal resultante del cumplimiento de las bienaventuranzas.

Los tiempos corrieron, las costumbres cambiaron – después de la Segunda Guerra Mundial aceleradamente –, el trato entre los hombres y las mujeres fue deteriorándose, progresivamente en el Siglo XX, a lo largo de los decenios.

Ya, entre las dos guerras (1918-1939), en la tranquilidad que se vivía, la penetración de modos revolucionarios extrovertidos, agitados, nerviosos, comenzaba a hacerse presente. En las familias, y como evidente consecuencia en las relaciones sociales, la gente se trataba con deferencia y cordialidad. Ese agradable convivir hacía que las relaciones sociales favoreciesen elevar los pensamientos a consideraciones religiosas.

Pero, paso a paso, iba irrumpiendo la vulgaridad, llegando a sus extremos límites con la explosión de la revolución anarquista de la Sorbonne, de mayo de 1968, en París.

Así es que, en nuestros días, asistimos espantados, no solo al “ojo por ojo” sino también a lo que se da en llamar de “ley de la selva”. Brutalidad, falta de suavidad en el trato. Se perdió la dulzura de vivir.

---

Décadas antes que eclosionara la revolución de mayo del 1,968 – cuyo modelo de vida se expresó con el hippismo –, vivió una virtuosa dama brasileña, Doña Lucilia Ribeiro dos Santos, que brillaba por su afabilidad y modo respetuoso de convivencia, en contraste con estilos de la aspereza del mundo moderno que, aceleradamente, se precipitaba en los abismos de un desorden de vida, de pérdida de la dignidad y del respeto entre las personas. Practicaba la delicadeza y el buen trato, la consideración y el afecto, que nada tenían que ver con la amabilidad comercial de aquellos días. Inculcaba, de un lado, la más profunda cortesía cristiana, y por otro la compasión y ayuda a los más necesitados.

Verdadera sierva de Dios, se destacó por su continuo espíritu de oración, como una lámpara de aceite al lado del Santísimo Sacramento en tantas iglesias, con una devoción entrañada al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen Inmaculada.

Vivía compenetrada de que el amor es el vínculo de perfección (San Pablo, Col 3, 14), que da la verdadera tranquilidad en los corazones. A su lado se sentía un verdadero oasis de paz.

A ella corresponde esta tan expresiva frase: “vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien”, expresando una concepción de vida, que, llevada adelante, podrá restaurar el relacionarse en las familias, en los trabajos, en los colegios, en la sociedad en general.

Benevolencia, bienquerencia, que, iluminando los días actuales, sería perfumar nuestra sociedad con un ambiente que se opone al maldito egoísmo que la carcome. Los ritmos de la vida que llevábamos impedían que

---

permaneciéramos momentos juntos, en familia. Ahora lo estamos, obligados en confinamiento a causa del Covid-19. Ya casi no nos mirábamos, pues nuestros ojos estaban horas y más horas sobre la pantalla o sobre el celular. Y qué triste decirlo, en razón de eso, inadvertidamente, fuimos dejando de querernos bien.

Es momento de retornar - dentro de las tensiones, nerviosismos y ansiedades a que nos ha llevado esta desacostumbrada realidad de la cuarentena -, estando a todo momento juntos, como nunca lo hubiéramos imaginado, al: mirarnos a los ojos y querernos bien.

Recordemos las palabras de Nuestro Señor cuando nos invita a entrar en su camino: “ser mansos y humildes de corazón” (Mt 11, 29), así encontraremos descanso y alegría en nuestras almas. Que Nuestra Señora de la Paz, patrona de El Salvador, nos cubra con su manto.

**La Prensa Gráfica, 26 de agosto de 2020.**



---

# EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA: LA SAGRADA UNIÓN ENTRE HOMBRE Y MUJER

*Este vínculo sagrado, mutua entrega que exige plena fidelidad e indisoluble unidad, está ordenado a la procreación y a la educación de los hijos.*

“La familia, en los tiempos modernos, ha sufrido quizá, como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura”, con esta singular frase comienza la Exhortación Apostólica de San Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*/La Comunidad de la Familia, hace 40 años.

Transformaciones a través de las cuales – en estos momentos marcadamente – se sienten las fuerzas del mal intentando, por un lado, destruirla, y por otro, desformarla (FC, 3).

Ante tales embates, sentía el recordado Pontífice que muchas familias permanecían fieles “a los valores que constituyen el fundamento de la institución familiar”, pero veía penetrar otras incertezas, dudas o ignorancia y, con relación al significado último y la verdad de la vida conyugal

---

y familiar, desánimo y angustia ante las dificultades crecientes.

La dignidad de esta bella institución, oscurecida por deformaciones, es “frecuentemente profanada por el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación” (*Gaudium et spes*: GS, 47)

Célula primera y vital de la sociedad, no se basa en disposiciones humanas. Fundada por el Creador y en posesión de leyes propias, la íntima comunidad conyugal “se establece sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable” (GS, 48).

Los esposos se dan y se reciben mutuamente: “Yo te recibo como esposo/a y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida”. Se han convertido en cónyuges, unidos por un yugo libremente acogido, en una sola esperanza. Entregándose uno al otro sin reservas, no se pertenecen más a sí mismos. Marido y mujer pasan a ser una sola carne, un solo corazón, una sola alma, aún en la diversidad de sexo y de personalidad. Bien afirmaba el Papa Emérito, Benedicto XVI, que: “la profundidad y la belleza (del matrimonio) radican precisamente en el hecho de que es una opción definitiva” (31-8-2006).

Nace, en esta complementariedad entre persona femenina y masculina, semejante y disemejante, ante los hombres una institución confirmada por la ley divina; primera escuela de virtudes sociales, “escuela del más rico humanismo” (GS, 59), fundamental para el desarrollo de la sociedad.

Importa considerar que el orden social está profundamente relacionado con el bien de la familia, que concede al mundo



---

la grandeza de la vocación al amor y al servicio de la vida, “llamada a santificarse y a santificar a la comunidad eclesial y al mundo” (FC, 55).

Institución natural - de “derecho natural” diríamos en terminología jurídica – que está ordenada al: “sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra” (Gén 1, 28); razón por la cual, necesariamente, tiene que ser una alianza estable. Esta unión matrimonial forma, con sus hijos, una familia. “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer” (Mt 19, 5). San Pablo utiliza la imagen del matrimonio para expresar la relación de Cristo con la Iglesia, esa unión no temporal o experimental, sino fiel e indisoluble: “este es el gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia” (Ef 5, 32).

Es crucial, hoy y siempre, pregonar los designios de Dios con la misma creación, origen y fundamento de la sociedad humana. Al principio, en efecto, “creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Dios los bendijo, y les dijo Dios: Sed fecundos y multiplicaos” (Gn 1, 27-28).

Este vínculo sagrado, mutua entrega que exige plena fidelidad e indisoluble unidad, está ordenado a la procreación y a la educación de los hijos. Marido y mujer que, por el pacto conyugal, “ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19, 6).

Bien saben los nuevos cónyuges, en el momento de realizar el consentimiento legítimo comentado arriba, que el matrimonio no va a ser un caminar de delicias tras delicias. Será un recorrido que tendrá cruces, que deben de ser aceptadas en armonía, santificándose el uno al otro, y los dos santificando a sus hijos. El amor madura

---

en los caminos que tienen sufrimiento en su recorrido. “La verdadera belleza necesita también de contraste. Lo oscuro y lo luminoso se completan” (Benedicto XVI, Ídem). Así, la familia será lo que sea el matrimonio, y éste ayudará para la salvación de los demás, antes que nada, del otro, de los hijos, y de toda la comunidad.

No queda duda, por lo tanto, que la familia es un bien, una obra divina. Pero, a lo largo de los últimos decenios, estos principios comenzaron a ser cuestionados cuando no, negados, escarnecidos y despreciados.

Alarma el ocaso de valores fundamentales en el mundo actual que repercute en la esencia del matrimonio: la desacertada concepción de la independencia de los cónyuges entre sí, las ambigüedades sobre la autoridad de padres, las dificultades en la transmisión de valores, el número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto, etc. Unas familias sufren falta de medios de supervivencia (trabajo, alimento, vivienda, salud), otras, en su excesivo bienestar, navegan en el consumismo moderno. Todas, peor aún, sufren la presión de los medios de comunicación y de redes sociales que – no pocas veces – obscurecen los valores morales basados en los Mandamientos de la Ley de Dios.

Deseamos que esta “pequeña Iglesia” o “iglesia doméstica”, llamada a ser signo de unidad para el mundo y a ejercer destacada influencia en la sociedad, “vuelva a remontarse a lo más alto. Es necesario que sigan a Cristo” (FC, 86).

Recemos, por tanto, para que la Sagrada Familia, probada por la pobreza, la persecución y el exilio: San José, la Virgen María y Cristo Jesús, Rey de las familias, guarden,

---

protejan e iluminen siempre a todas las familias. Pues, como exclamaba San Juan Pablo II, para no ceder a los espejismos actuales: “¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!” (FC, 86).

**La Prensa Gráfica, 27 de junio de 2021.**



---

## EL GENIO FEMENINO

*La mujer,  
aún en las situaciones  
más desesperadas,  
posee una capacidad única  
de resistir en las adversidades.  
Hace la vida todavía posible  
incluso en circunstancias extremas.  
Conserva un tenaz sentido del futuro.*

**C**uando Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, “varón y mujer los creó” (Gen 1, 27). Los bendijo y les dio una misión: “sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla” (Gen 1, 28). Claramente no fue una misión o tarea exclusiva para el hombre, a ambos se les encarga la especial tarea de formar familia y dominar el mundo. En un lenguaje simplificado, muy expresivo y bello, encontramos a la mujer como complemento del hombre y al hombre como complemento de la mujer. Tanto la femineidad como la masculinidad representan a la humanidad en peculiar complementariedad, teniendo, desde el principio, igual responsabilidad. Nos queda así claro cómo Dios ha confiado, tanto al hombre como a la mujer, según sus características, una convocación a ejercer una tarea tanto en la Iglesia, como en el mundo.

---

Igual misión que no elimina las diferencias. No caigamos en el empobrecimiento que produce el promover un único estilo a seguir el ser humano. No consideremos que la mujer debe de imitar al varón. No, pues el temple femenino es inigualable.

Cuántas manifestaciones del “genio femenino” han aparecido a lo largo del tiempo, en pueblos de los más variados, fruto, no sólo de su especial inventiva, sino de la santidad de vida. Hay, en ellas, por misterioso designio de Dios, un irremplazable “ministerio” en la historia de la humanidad, a través del cual expresan la riqueza de sabiduría que se encuentra en la femineidad.

Las mujeres — afirmaba San Juan Pablo II — tienen un campo de pensamiento y de acción singular. Por eso es preciso, de forma determinante, “reconocer la expresión del verdadero espíritu femenino en todas las manifestaciones de la convivencia ciudadana” (*Evangelium Vitae*, 99).

Al crearlos “hombre y mujer”, Dios ha dado una dignidad personal igual, con derechos inalienables, con responsabilidades propias. Sin embargo, “Dios manifiesta también de la forma más elevada posible la dignidad de la mujer, asumiendo Él mismo la carne humana de María Virgen, que la Iglesia honra como Madre de Dios, llamándola la nueva Eva y proponiéndola como modelo de la mujer redimida” (Juan Pablo II. *Familiaris Consortio*, 22).

Si hay quien demostró delicado respeto hacia las mujeres fue Jesús, Nuestro Señor. Las llamó a su cercanía, fueron las santas mujeres del Evangelio. Como ejemplo superlativo es solo recordar su aparición en la mañana de Pascua a una mujer a la que bien podemos llamar de primer Herald de

---

la Resurrección, Santa María Magdalena, confirmando la especial estima de Jesús hacia la mujer.

Las corrientes de pensamiento que vienen a tono en el mundo contemporáneo, van presentando tesis que frecuentemente no coinciden con la finalidad genuina de la promoción de la mujer que, en su capacidad de acogida del otro y en su profunda intuición, es: “aun en las situaciones más desesperadas — el pasado y el presente es testigo de ello — posee una capacidad única de resistir en las adversidades, de hacer la vida todavía posible incluso en situaciones extremas, de conservar un tenaz sentido del futuro y, por último, de recordar con las lágrimas el precio de cada vida humana”, y llega a entenderse, en tal perspectiva, “el papel insustituible de la mujer en los diversos aspectos de la vida familiar y social que implican las relaciones humanas y el cuidado del otro”. Era lo que manifestaba San Juan Pablo II aprobando la Carta, “Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo”, del Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, hoy Papa Emérito Benedicto XVI (31-5-2004).

Cuántas maravillas Dios ha realizado en la mujer y por ella. Agradecía Juan Pablo II, en la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* (15-8-1988), a la mujer-madre, a la mujer-esposa, a la mujer-hija y a la mujer-hermana, a la mujer-trabajadora, a la mujer-consagrada: “que, participando en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, con la intuición propia de su femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”, agregando que: “en la riqueza de su femineidad, asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad, en las necesidades de cada día”.

---

La mujer es llamada a testimoniar el significado del amor auténtico dada su aguda sensibilidad hacia las demás personas, el don de darse, en el acoger al otro. Siempre fue, y seguirá siendo, factor de moderación y de consejo, especialmente en la relación entre padre e hijos. Todos somos testigos de que es a través de la madre que llegan las necesidades y deseos de los hijos y que se hacen más eficaces las órdenes del padre. Dentro de la familia, la mujer personifica la caridad, la misericordia, siempre atenta a las necesidades de los hijos y mismo de los trabajadores de la casa, dispuesta a conseguir remedio moviendo la voluntad del padre. En resumen, ve al hombre con el corazón y trata de serle de ayuda, “abre la boca con sabiduría y su lengua enseña con bondad” (Proverbios 31, 26).

Es por eso que, desde el inicio del cristianismo hasta nuestros días, siempre Dios ha suscitado mujeres para orientar al Pueblo de Dios. Ante eso, uno puede preguntarse: ¿dónde se encuentra el arquetipo divino de la femineidad?

Lo encontramos en María Santísima — máxima expresión del genio femenino — quién, acogiendo en su seno al Verbo Encarnado, motivando el primer milagro de la vida pública de Jesús, permaneció a los pies de la Cruz y los apóstoles rezaron junto a Ella en Pentecostés.

Mujer por excelencia, inmaculada y altísima, es el verdadero modelo y ejemplo. Aquella, en el decir del famoso escritor y periodista español Juan Donoso Cortés, a quien: “El Padre la llama Hija, y le envía embajadores; el Espíritu Santo la llama Esposa, y le hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre, y hace de su morada su sacratísimo vientre” (16-4-1848).



---

Las mujeres conforman la mitad de la inmensa familia humana, sin embargo, en cuántos lugares y culturas son discriminadas o subestimadas por ser mujer. Se sostiene esa “desigualdad” con argumentos sociales, culturales o religiosos. Acaban siendo víctimas de violencia, objeto de maltrato, de explotación en la publicidad o en la diversión. Urge el compromiso de todo cristiano del reconocimiento de la dignidad que le compete a aquellas que son llamadas a ser promotoras, con su mera presencia, de la civilización del amor, trabajando por la eliminación de toda forma de discriminación, de violencia y de explotación.

**La Prensa Gráfica, 6 de marzo de 2022.**



---

# EL PERDÓN VS. LA VENGANZA

*Las graves consecuencias  
en la vida social, y  
también en la familiar,  
de los nefastos efectos de la ira  
y de la venganza.*

**N**os encontramos en medio de una crisis que “hunde sus raíces en el corazón humano” (Gadium et spes, 10), que “redunda también en la vida religiosa” (Ídem, 4). Y por ser profundamente religiosa, es inevitablemente una crisis moral. Ante eso se debaten padres de familia, educadores, legisladores de todo el mundo, en disponer de un manual de normas morales prácticas, que recomienden la virtud y desapruében los vicios. Ocurre que, en la “dictadura del relativismo” que vivimos, según sabias palabras del Papa Emérito Benedicto XVI, se hace difícil la distinción entre el bien y el mal. Es por eso indispensable una auténtica y efectiva formación moral. No podemos abocarnos solo a una formación académica excelente y olvidar lo otro. Ésta de poco valdría si no estuviese acompañada, y destacadamente, en un adiestramiento de la voluntad y del corazón orientándolos a una vida conforme a la Ley de Dios.

---

Quiero, al comenzar este 2018, sobresaltar aspectos que nos podrán ayudar para enfrentar las situaciones que nos ha tocado pasar en el año que acaba de terminar. Hemos vivido -o tomado conocimiento a través de las noticias- las graves consecuencias en la vida social, y también en la familiar, de los nefastos efectos de la ira y de la venganza, resultantes de rencores, rencillas, desencuentros.

Caminamos para atrás en el tiempo por más que consideremos estar en la “pos-modernidad”. Nos encontramos nuevamente en el “ojo por ojo, diente por diente” de la ley del Talión; sistema de vida anterior a la llegada de Nuestro Señor Jesucristo. El odio, la venganza, el no perdonar, el no pedir perdón, marcaban estas “civilizaciones”. Los criminales eran castigados por este sistema *taliter*, es decir: a tal crimen, tal pena. Sin embargo, habitualmente, la represalia era con daños mayores que los recibidos. Esta ley, ante la vida de barbarie de esos momentos, establecía un equilibrio recíproco en los castigos. Pero faltaba el perdonar; actitud que en esos tiempos era considerada como una debilidad.

San Agustín afirmaba, al fin de su vida, que había encontrado en el libro el Eclesiástico, “más recursos para la vida espiritual que en ningún otro libro del Antiguo Testamento”. Lo podríamos considerar de instrucción espiritual ya que, “en su mayoría presenta un conjunto de normas morales sumamente útiles y provechosas que comprenden todas las virtudes y hace referencia a todas las circunstancias y a las más diversas clases sociales, por lo que resulta un precioso tratado ascético espiritual” (Biblia Comentada. BAC, IV, p. 1072).

No deja de impresionar la radicalidad del Eclesiástico al afirmar que: “el que se venga será víctima de la venganza

---

del Señor, que le pedirá exacta cuenta de sus pecados” (28, 1-4). Severa advertencia, diciendo que Dios castigará con rigor sus pecados. Para evitar eso da el buen consejo de: “mantenerse alejado de las contiendas y de los que las promueven” (28, 10). Pues de ellas, nacen las rivalidades y las venganzas.

En nuestro caminar por este mundo encontramos sembradores de cizaña, armadores de disensiones, calumniadores, corazones llenos de odio, revancha, ira; con sus nefastos efectos en la vida familiar, de amistad o de trabajo.

Discuten los hombres considerando las razones de la violencia en el mundo; sin embargo, pocos logran llegar al núcleo del problema. Parecieran no comprender que se han abandonado las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo que decía: “aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). El Divino Salvador vino a sustituir la antigua y dura ley del Talión, incitando al amor al prójimo, amándolo como se ama uno a sí mismo. Amor - importa resaltar - que nace de un profundo amor a Dios.

Podemos afirmar, sin temor a ser desmentidos que, el centro de todos los males que sobrellevamos, está en la pérdida de la disposición a perdonar “de todo corazón” (Mt 18, 33). Hemos dejado de ser “mansos y humildes de corazón”. Ocurrido esto, el convivio humano se torna insustentable, y los hombres se lanzan unos contra otros, como “fieras”, en un salvajismo incomprensible. ¿Por qué?, porque no vivieron, en sus hogares o en sus ambientes, un convivio auténticamente afectuoso, es decir: no vivieron la tan nombrada, pero poco ejercitada y enseñada, caridad fraterna. No supieron seguir las enseñanzas de San Pablo: “revestíos de entrañas de misericordia, bondad,

---

humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos, mutuamente siempre que alguno diere a otro motivo de queja” (Col 3, 12-13).

Cuán maravillosa es la parábola del hijo pródigo que decide volver a la casa paterna. A su padre, al verlo a lo lejos, “se le conmovieron las entrañas”; corriendo hacia él, “se le echó al cuello, lo cubrió de besos” y le hace una fiesta. ¡Qué maravilla de perdón!, pero también, qué belleza de actitud arrepentida de parte del hijo que estaba perdido: “padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lc 15, 11-31).

Bien decía Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, Fundador de los Heraldos del Evangelio, que: “a imitación de nuestro Creador, precisamos perdonar de tal manera que olvidemos la ofensa recibida”, pues, “no es en la riqueza ni en el poder, sino en la capacidad de perdonar que la persona manifiesta la verdadera grandeza de alma”.

La más bella oración, la que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo, el Padre Nuestro, nos enseña a eso: “perdona nuestras ofensas”, pero...poniendo la condición: “así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Pues, si no perdonamos una falta cometida contra nosotros, ¿cómo vamos a pedir perdón a Dios por nuestros pecados? Es inevitable, “porque seréis juzgados como juzguéis a los otros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros” (Mt 7, 2).

Así, queridos lectores, comencemos desde hoy - al inicio de este venturoso año en el cual nos adentramos - por nosotros mismos. “Vestíos de la caridad que es el vínculo de perfección” (Col 3, 14). Esta será la semilla que sembraremos en los corazones de los niños y jóvenes con nuestro testimonio. Tal vez no veamos los efectos

---

inmediatos en el ámbito social convulsionado que nos rodea, pero, con el tiempo vislumbraremos el nacer de la tan esperada paz en las familias y en la sociedad.

**La Prensa Gráfica, 14 de enero de 2018.**





---

# LA FAMILIA: ¡RECEMOS POR LA FAMILIA!

*“Ayúdanos, a que sepamos  
perdonarnos mutuamente,  
lo mismo que tú, Señor,  
nos has perdonado”.*

**L**a familia - uno los bienes más preciosos de la humanidad - como dijo San Juan Pablo II: “en los tiempos modernos, ha sufrido quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura” (*Familiaris Consortio*, 1).

Preocupantesson lossignosdedegradaciónde algunos valores fundamentales, lo que da lugar a: “una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí, las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos, las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores, el número cada vez mayor de divorcios, etc. (Idem, 6). Insistía el soberano pontífice que, “¡el futuro de la humanidad se fragua en la familia!”.

La presión de la sociedad secularizada que vivimos sobre las familias es abrumadora.

---

Unos capitulan dejando de lado los principios en que se fundamenta. Eso los lleva a abandonar la bella y emocionante promesa del momento de la promesa matrimonial: “me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida”.

Es necesario, queridos lectores, una resistencia que podríamos calificar de heroica, para enfrentar la presión que sufren los miembros de la familia, especialmente el esposo y la esposa.

De continuar así, las cosas, esta penetración en las mentalidades y en las costumbres, dará lugar a que, “en breve, la familia auténticamente cristiana habrá pasado a constituir una excepción rarísima y mal vista, en el seno de una sociedad descristianizada”, como dijo quien fuera el líder católico más importante de Brasil en el siglo pasado, Plinio Corrêa de Oliveira.

En la preocupación de esta triste y grave situación que sufre la santa institución de la familia, cayó en mis manos un librito, simple y pequeño, intitulado: “Oraciones para la familia”. Fue editado por los Heraldos del Evangelio de Colombia. Lo comencé a hojear. Quedé impresionado con los pedidos, en las variadas oraciones que contiene para enfrentar las dificultades por las que pasan los padres, los hijos, la relación mutua entre ellos y otras circunstancias.

Pensé en ustedes, mis queridos lectores. Pero ¿cómo hacer para transmitirles esto en un artículo? Compenetrándonos, la situación nos quedará clara en nuestros pensamientos, sabremos qué actitudes tomar y principalmente... por ello rezar.

---

Caminemos un poco en esta singular experiencia periodística, se encantarán. Tomemos algunos puntos apenas de las variadas oraciones.

Si pensamos en la Sagrada Familia de Nazaret, que nos dejó el ejemplo eximio de amor de los esposos entre sí y de amor hacia sus hijos, no dejemos de pedir, para que seamos ayudados: “a educar cristianamente a nuestros hijos y a amarnos uno al otro con un amor sacrificado, tierno y puro”.

Para que haya paz - la tan anhelada paz familiar - es preciso que tengamos sentimientos de misericordia, que seamos humildes, que nos revistamos de dulzura y de paciencia. Pidamos, por tanto: “Señor Dios nuestro, ayúdanos a sobrellevarnos los unos a los otros cuando tengamos un motivo de queja. Que sepamos perdonarnos mutuamente lo mismo que tú, Señor, nos has perdonado”.

No pocas veces las familias viven pruebas y dificultades, es el momento de pedir a Dios, Padre lleno de bondad, que socorra a “las afectadas por la pérdida de valores, la falta de trabajo, la soledad y la falta de amor”.

El estar solos, el estar sin familia. Cuántos son los que sufren estas situaciones. Que, a estos o estas, si los designios de Dios son de que no lleguen a formar un hogar, recen pidiendo: “la gracia de aceptar mi soledad bendecida con tu presencia y de estar en paz conmigo, sabiendo que tu Amor y tu presencia me envuelven y acompañan siempre. No dejes que me encierre en mí mismo, sino ayúdame a estar siempre abierto a ti y a los demás”.

El desempleo, cuando golpea en un hogar, el jefe de familia, junto a la esposa y los niños, recen: “te pido que me

---

concedas todo el ánimo, confianza, valor y fortaleza, para salir de mi casa en busca de trabajo, con la certeza de que Tus manos extendidas a mi favor me abrirán las puertas, preparando a mi entrada un empleo según Tu voluntad”.

La preocupación de una madre siempre son los hijos, para que no se aparten del buen camino y puedan alcanzar la salvación. Bello es escucharlas rezando: “Señor Jesucristo, toma bajo tu protección los hijos que Tú me has dado. No permitas que te ofendan con el pecado: elígelos para el Cielo”.

También, ambos padres tienen que pedir para que sus hijos sepan descubrir el camino por Dios señalado para ellos. Ser valientes y pedir para que “no se conformen con un ideal fácil y mediocre”. Pero rezar también por ellos mismos ser iluminados por la gracia, para “que les ayudemos a reconocer su vocación y a realizarla generosamente, sin poner impedimentos a su libertad y sin oponernos a tu guía interior”.

¿Y los hijos?, también ellos deben comprender siempre más a sus padres, saber devolverles amor por amor. Rezar por ellos diciendo: “Señor Jesús, ellos me dieron cariño, protección, se desvelaron por mí. Cuando ellos me necesiten, quiero que se sientan envueltos por mi respeto, mi amor y mi comprensión”.

Grande es la misión de la mujer. Nada mejor que pedir por medio de la Santísima Virgen María, Casta Esposa de San José y Madre tiernísima de Jesús, perfecto modelo de las esposas y de las madres: “Enséñame a honrar a mi marido, como tu honraste a San José; que él encuentre en mí a la esposa según su corazón”. Y claro no dejar de pedir: “Protege a mi marido, dirígelo por el camino del bien

---

y de la justicia, pues su felicidad me es tan querida como la mía”.

Espero les haya sido provechoso y los llene de esperanza.

Volvamos nuestros pensamientos hacia la familia de Nazaret, en su oculta existencia, en la pobreza, en la persecución, en el exilio. Que San José - a quien el Creador del mundo llamó de Padre - guarde y proteja las familias en estos momentos convulsionados que vivimos. Que la Virgen Madre dé fuerzas a cuantos sufren las dificultades en sus familias. Que Cristo Jesús dé luz, alegría, serenidad y fortaleza a todas y cada una de las familias de nuestro querido El Salvador.

**La Prensa Gráfica, 26 de noviembre de 2017.**



Soy  
Ser  
K



la  
Niña del  
Rosario

